

Una barba para dos

y otros 99 microrrelatos eróticos

Lawrence Schimel



Una barba para dos

Editorial Dos Bigotes

Una barba para dos

y otros 99 microrrelatos eróticos

Lawrence Schimel

Segunda edición: febrero de 2016

UNA BARBA PARA DOS © Lawrence Schimel

© de esta edición: Dos Bigotes, A.C.

Publicado por Dos Bigotes, A.C.

www.dosbigotes.es

info@dosbigotes.es

ISBN: 978-84-943559-7-4

Depósito legal: M-331-2016

Impreso por Solana e hijos Artes Gráficas, s.A.U.

www.graficassolana.es

Diseño de colección:

Raúl Lázaro

www.escueladecebras.com

Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, deberá tener el permiso previo por escrito de la editorial.

Impreso en España — Printed in Spain



Precariedad

Dado el precio de los condones, decidimos cerrar la pareja.
Por lo menos, hasta que uno de los dos encontrase trabajo.

Rapado

Me quejé a un amigo de que desde que me afeité la cabeza, solo me entran pasivos. Cuando le veo de nuevo, él también se ha rapado. Y por primera vez, me parece atractivo.

—Te hice caso —me dice.

—Funciona —le contesto. Pongo la mano encima de su muslo.

Me sonrío, y mueve mi mano.

La recoloco encima de su paquete.

Cuidador de mascotas

Hay que girar la llave hasta coger el punto exacto, pero al final consigo abrir la puerta. Uno de los gatos me está esperando justo al otro lado del rellano, pero al ver que soy yo y no mi amiga, su ama, se da la vuelta y desaparece por el piso. Entro y cierro. Dejo mis cosas en la mesa del recibidor.

Me siento raro, como si estuviera haciendo algo ilícito.

Pongo más comida seca en su cuenco, les cambio el agua, limpio la bandeja de arena que está en el baño.

Mi amiga me ha pedido que también les dé cariño —esa es la parte que me hace sentir más extraño—. Me siento en su cama, imaginando que vendrán. Supongo que se tomarán su tiempo. Mientras espero, echo un vistazo a la habitación. Tiene una cesta para la ropa sucia, y encima hay unos calzoncillos. Son de su novio, con quien está ahora de viaje en Palencia para pasar la Semana Santa con sus padres. Los gatos no acuden. Me pongo de pie y me acerco a la cesta. Cojo los calzoncillos, me los llevo a la nariz: sí, aún huelen a él. Ese olor agradable del sudor dulce de los huevos.

Tengo la polla tiesa. Inhalo de nuevo, tocándome el paquete.

Cuando abro los ojos, los dos gatos están delante, mirándome.

Menos mal que no podrán contarle nada a mi amiga.

Injerto

Lo que siempre quiere saber la gente es cómo nos repartimos a la hora de dormir.

La mayoría nos imagina a los tres juntos en una cama grande, turnándonos en penetrar o ser penetrados, o uno con la dicha de estar en el medio penetrando y siendo penetrado a la vez, o dos penetrando al tercero simultáneamente... y cada uno reparte nuestros roles según sus propias fantasías, qué cosas sueña hacer o que le hagan.

También los hay que piensan que la pareja sigue durmiendo junta y que yo duermo en un armario al lado de la cocina, como un sirviente, salvo cuando atiando sus necesidades (sexuales u otras) como una *geisha* masculina.

O al contrario, los hay que imaginan a la pareja inicial, con fuertes lazos de afecto entre ellos pero ya sin morbo, durmiendo en dormitorios separados como en una película de Hollywood en blanco y negro de los años cincuenta, y que yo soy la solución para evitar su ruptura, satisfaciendo a uno o a los dos con mi virilidad juvenil.

Lo que más les cuesta a casi todos es concebir nuestra vida fuera de la cama. Una domesticidad a tres bandas. Coge mi mano e intenta imaginarlo ahora. Tú también, coge mi otra mano. Eso es. Ahora, cerremos los ojos e imaginemos juntos. Una vida de tres, sea como sea que nos hemos encontrado o en qué orden. Imaginemos una ausencia de celos. Apoyándonos. Celebrándonos. Cuánto poder tenemos juntos. Cuánto amor.

Un llanto partió la noche

Era la una pasada de una madrugada de entre semana, y yo estaba agachado en el vestíbulo de una casa ajena chupándosela a un vecino. No nos conocíamos, pero no podía dormir, así que había encendido el Grindr, que era perfecto para esos momentos en los que la proximidad primaba sobre casi cualquier otro factor. Esa noche me había tocado la lotería, porque el tipo vivía muy cerca y además la tenía gorda. Estaba esperándome en la puerta, con una mano metida dentro del chándal, tocándosela. No nos movimos de la entrada pero me dio igual. Pude entrever que la tenía morcillona y se me hizo la boca agua. No dijimos nada pero todo estaba ya dicho antes de venir. Me agaché y desvelé su polla suculenta, la agarré con una mano, palpándola, estirando hasta que el prepucio se deslizó y me reveló el glande. Abrí la boca y estuve en la gloria durante unos minutos, cascándomela mientras se la chupaba, sumido en ese espacio de sexo puro en el que no piensas en nada más, en el que olvidas las preocupaciones de la vida cotidiana, solo goce, absoluto y simple, disfrutando de lo que estaba haciendo, sin desear que me hiciera ni me pidiera hacer algo más.

De repente, un llanto partió la noche.

Cuando me di cuenta de que era el sollozo de algún bebé, tenía la boca vacía. El vecino se había marchado, cerrando detrás de él la puerta al resto de la casa.

¿Lo hizo para que yo no entrase a buscarle o para que los que estaban al otro lado no me vieran?

¿Habría más allá de esa puerta una esposa celosa que se enfadaría si le descubriera?

O quizás era una pareja gay que tenía un hijo, hoy en día era posible.

Se me puso flácida imaginando esas situaciones.

Me dolían las rodillas.

Durante el calentón, no me di cuenta, pero ahora, en frío, me sentía absurdo, allí agachado, solo, sin saber qué iba a

pasar. Dudaba si cascármela, correrme y largarme, dejando una mancha en el suelo.

Pero para eso podría haberme quedado en casa.

Por fin, el llanto se detuvo.

Me lamí los labios. Todavía podía saborearle, y sabía que no me iba a quedar satisfecho hasta terminar de chupar —a él o a otro tío—, pero ponerme a buscar de nuevo, a esa hora, me daba una pereza monumental, por no hablar de la incertidumbre. Era ya lo suficientemente tarde para no estar seguro de pillar cacho.

La posibilidad de ser descubierto aumentaba el morbo.

Me quedé allí, arrodillado.

Estiré el cuello, me mecí atrás sobre los talones.

Por fin, la puerta se abrió.

El corazón en tensión: ¿era él o su pareja?

Había vuelto. Llevaba en sus brazos un bebé, chupando un biberón.

No había dudado de que yo seguiría allí, esperándole, esperando su polla.

—Tú puedes amamantar también.

Le bajé el chándal y empecé.

Después

Me pidió ducharse antes de irse.

Luego se vistió y se marchó, con un último beso y un «gracias», todo correcto pero nada más.

Por un lado me alegró, porque no me apetecía dormir acompañado esa noche y menos con un desconocido. Pero el polvo no había estado mal y no me hubiera importado volver a verle. Tampoco yo le dije nada. Pero era un golpe a mi autoestima. Aunque no quisiera verle de nuevo, quería que a él sí le apeteciese.

Entré al baño para mear antes de acostarme.

Y mientras tiraba de la cadena, empecé a reírme: había escrito su número de teléfono en el vaho de la mampara de la ducha.

Recital poético

—Virgen purísima de todo lo que es santa. Creo que acabo de descubrir la religión y ese tío es su único y verdadero Dios. ¿Has visto semejante belleza hecha carne?

Hugo giró la cabeza para mirar.

—¿Te refieres a Salva?

—¿Conoces a ese parangón de masculinidad?

—Le conozco hasta bíblicamente.

—Ahora sé que me estás tomando el pelo. Parece un actor porno.

—No sé si ha hecho alguna vez algún vídeo. Es gogó en el Space.

—¿Y de verdad has follado con él? ¿Cuánto te costó?

—No es chapero, o por lo menos no lo fue conmigo. Duró unas semanas. Ahora está con Luis Antonio.

—¿Qué pasa, su fetiche son los poetas?

—Al revés. Quiere ser el fetiche de los poetas.

—No jodas.

—En serio. Está buenísimo y lo sabe. Pero como quitarse la ropa cada noche en una discoteca es algo tan... efímero, quiere ser inmortalizado en verso.

—Yo le compongo unos endecasílabos ahora mismo, cantando las alabanzas de los músculos de esas piernas...

—Vas por mal camino. El secreto con Salva es ser distante. Deja que él te conquiste a ti. Que se esfuerce por volverte loco.

—No sé si sería capaz de no rendirme a sus pies si se dignase a hablarme...

—Bueno, tienes tiempo para cultivar el autocontrol. Lleva poco con Luis Antonio, y va a desear ser su muso unas semanas más. A Salva no le gusta la poesía, pero también sabe que nadie puede prever quién va a triunfar en este mundo de las letras. Él quiere sobrevivir a la posteridad, así que ha decidido probar a todos los poetas. Puede que no dure mucho, pero mientras está contigo es increíble. Ya verás.

Lee algún poema sexy esta noche pero no le muestres demasiado interés. Tarde o temprano, llegará tu turno.

Madrugada

Sonó su despertador y me levanté. Por las mañanas es un zombi, capaz de poner sal al café en vez de azúcar (ya lo ha hecho), así que me fui a la cocina para encender la cafetera y endulzar la taza, dejándole todo listo para cuando saliera de la ducha.

Me tapo los ojos cuando entro al baño, no para no verle desnudo sino para que la luz no me despierte. Meo y vuelvo al dormitorio, cerrando la puerta detrás de mí. Han pasado dos minutos y la cama aún conserva su calor. Me acurruco en el hueco de su cuerpo en las sábanas, abrazándome a su almohada. Respirando profundamente, todo huele a él y empiezo a empalmarme. Qué dilema ahora, ¿masturbarme o volver a dormir!